

el grupo de trabajadores. Seguían devorando su almuerzo con la indiferencia del que ejecuta un acto habitual, consagrado por el tiempo y que, por esto sólo, parece á los hombres natural é invariable en la forma que siempre tuvo á sus ojos.

■■■■■■■■■■

### XXIII

Pasaron varios días sin que ningún incidente turbara la vida normal, tranquila y ordenada, de los moradores de Ronesa. Algunos paseos al monte y á orillas del mar, una partida de pesca con Nardo y su gente y la repetición de la tertulia de los domingos, ayudaron á pasar el tiempo y á evitar el hastío que don Vicente temía á cada paso ver aparecer en Juan. Pero éste, lejos de aburrirse, hallaba cada vez mayor número de ocupaciones que llenaban su espíritu.

Consecuente con sus propósitos de tranquilidad y aislamiento del mundo, había ido creándose, en el seno mismo de la familia, una independencia especial, que todos respetaban. Cuando se metía en su cuarto ó salía de la casa sin decir nada á nadie, ya para errar por los campos, ya para leer en el jardín, ni sus tíos ni sus primos trataban de turbar aquella misantropía pasajera, que siempre concluía por ser el propio Juan quien iba á bus-

carles. Comprendían que necesitaba aquellos apartes consigo mismo para que fuese calando en su alma la impresión sedante de la nueva vida, para que le penetrase profundamente la influencia bienhechora del campo, con sus grandes silencios adormecedores. Después de uno de aquellos ratos de soledad, hallábanlo más dispuesto á las excursiones en común, á la intimidad alegre de la casa.

Alguna vez, sin embargo, no volvía solo de sus flaneos. Si encontraba al cirujano ó al cura, no sentía escrúpulo alguno en acompañarles y charlar largo y tendido. Con el primero, la conversación era fácil, porque el ingenio y la gracia para mentir del vejete no se agotaban nunca, y era él quien hacía principalmente el gasto. Con don Felipe ya era otra cosa. Juan sentíase atraído por la humildad de aquel «alma de Dios», que tenía el encanto de todas las cosas naturales y primitivas. No era la humildad del místico ó del que, tras meditar mucho ó sufrir grandes contratiempos en la vida, reconoce su pequeñez y se dobla resignado ante la fuerza insuperable de los hechos; no había en ella nada de reflexivo, mucho menos de erudito y que oliera á gazmoño. Era la sumisión del esclavo, que se ve inferior al hombre que lo domina y cree que todo derecho está de parte de los demás: la escrupulosidad misma en cuanto á la conducta propia, para no herir á nadie, y la tolerancia más amplia para la ajena. A veces, Juan sentía deseos de sacudir aquel espíritu débil, de infundirle el soplo de la rebelión, gritándole que

no era digno ni humano dejarse pisotear de aquel modo; pero le desarmaba la tranquilidad de don Felipe, que no padecía por nada de lo que á otro hombre le hubiera levantado en alto, y le detenía el miedo de perturbar aquella sencillez, quitándole el reposo que ahora disfrutaba, quizá para que se estrellase en la lucha.

— ¡Quién sabe! — decía. — Puede que, como dijo el poeta, valga más ser carne que ser cuchillo.

Intentó repetidamente sacar la conversación de lo de la iglesia, que el Estudiante le había contado; pero don Felipe supo esquivarla siempre, con evasivas ó con el silencio. Se comprendía bien que le molestaba hablar de este asunto. La misma molestia dejó notar las primeras veces que Juan se unió á él para seguir paseando juntos. Estaba tan acostumbrado á ir siempre solo, á que los demás lo despreciasen ó se aburriesen con él, que le chocaba aquella cortesía del joven. Temía, además, las murmuraciones de los campesinos, el gesto de sorpresa que hacían al ver que el «señorito de Madrid» acompañaba al cura. Concluyeron por calificarlo de chiflado; pero como era sobrino de don Vicente, no dejaban de saludar, aunque pasease con don Felipe. Sin embargo, Juan comprendía que, en lo más granadito del pueblo, iba abriéndose paso cierta rectificación en punto á la manera de considerar al cura; y esto le llenaba de alegría, haciéndole encontrar mayor agrado en aquellos encuentros y aquellas conversaciones de

que siempre volvía con un contentamiento interior que le ensanchaba el alma.

Procuraba esquivar al Estudiante, cuya curiosidad erudita le trastornaba un poco. En cambio, deteníase con mucha frecuencia á contemplar las faenas agrícolas; y como el labrador meridional es comunicativo, solían entablarse diálogos en que Juan iba adquiriendo lentamente una impresión personal, rica en pormenores, de la situación económica, de las costumbres y de las quejas de los campesinos.

La situación general era, sin duda, como la había pintado don Vicente. La propiedad estaba muy dividida y casi todos los vecinos disfrutaban, como dueños, algunos banales. Los mismos pescadores eran, por lo común, propietarios; así es, que los pobres de solemnidad no existían más que excepcionalmente, en casos como el de la ciega Isabel. Pero en el fondo de este bienestar, puramente exterior, había una miseria efectiva. Las partes de tierra de los más eran insuficientes para las necesidades elementales; y sólo vivían los villamarinos merced á una sobriedad extremada y á la ayuda de trabajos suplementarios, como el de la tomiza y el jornal en tierras ajenas; y aun el primero iba rindiendo menos cada día y haciéndose más difícil. La concurrencia del esparto argelino por un lado, y la conversión en propiedad privada de algunos montes en que tenían antes los vecinos el derecho de arrancar libremente la primera materia del cordel, habían herido mortal-

mente aquella industria doméstica, cuyos productos servían de moneda en las panaderías y tiendas de ultramarinos.

Pero lo que más chocó á Juan fué la sobriedad de los labriegos, cuya base de alimentación eran las hortalizas en crudo, solas ó dispuestas como ensalada, las salazones baratas y el pescado, si no estaba á gran precio. Comida caliente no solían hacer más de una al día, por la noche, y reducíase á un guisado de patatas ó un arroz. Carne, rarísima vez, y en algunas casas, nunca. Las aves de corral las criaban para la venta, y los conejos domésticos, abundantes, eran plato de regalo en ocasiones solemnes.

Las quejas no correspondían á esta situación. Las más agudas iban contra los consumos, contra el reparto de contribuciones y contra la falta de agua. El país era seco, llovía poquísimo y las plantaciones se agostaban rápidamente bajo aquel cielo azul, en que triunfaba el sol esplendoroso. Fuera de esto, el campesino demostraba una resignación tranquila por su suerte, de la cual no hacía responsable á persona alguna, careciendo el país de grandes propietarios territoriales y de grupos numerosos de jornaleros sin más ayuda que sus brazos. Consideraban su estado como mera consecuencia de las condiciones del suelo, y la diferencia de clases veíanla como cosa natural, que se perpetuaría hasta el fin del mundo. No había entre ellos los odios que en la ciudad apuntaban con dureza temible; y Juan creyó ver que una de

las causas de esto era el espectáculo frecuente de fortunitas creadas por el espíritu avaro, ahorrativo, del labrador, que más de una vez fundaba sobre su miseria presente, haciéndola más sórdida de lo que debía ser, un porvenir cómodo.

El ejemplo de la familia de Nardo, de la del alcalde, mantenía en todos cierta esperanza de llegar también, más ó menos pronto. No demostraban impaciencia; y cuando las cosas se ponían muy mal, emigraban al Africa, donde, además, iba todos los años buen número á las faenas de la siega.

Por todas estas condiciones, Juan no experimentaba exaltación ninguna á la vista del problema económico de aquellos aldeanos. Se interesaba, veía la necesidad de su remedio; pero pensaba en éste, por imposición de la misma actitud de los interesados, como en una cosa llanamente factible, sin sacudidas, en medio de la paz en que vivieron hasta entonces los espíritus. En lugar de las excitaciones y las cóleras que las injusticias sociales levantaban antes en su alma, hallaba en el estudio de aquella miseria un motivo de interés cuyo ritmo se acomodaba perfectamente á la serenidad que había conquistado; y de cada vez comprendía mejor, no sólo la utilidad de la acción que su tío ejercía sobre aquella gente, sino el tono patriarcal y conciliador que la caracterizaba.

Las quejas tocante al agua le interesaron especialmente. Se había hecho explicar con detalle la organización de los riegos, que ya, desde su pri-

mera excursión al monte con Cristóbal, venía excitando su curiosidad. La llanura se regaba con agua de un pantano vecino. Cada unidad de medida de tierra tenía adjunto el derecho á un minuto de agua; pero la había también independiente de toda posesión territorial, la que se llamaba «agua vieja»; y como el minuto no bastaba para las necesidades de la agricultura, imponíase la compra de otros suplementarios, ya de agua vieja, ya de labradores que no regasen en aquella ocasión sus plantíos. El resultado de esto era un verdadero mercado ó Bolsa de valores hidráulicos, que oscilaban con tanta irregularidad como los valores públicos y que, á veces, ponían la hora de riego á precios enormes, que el labrador no podía pagar.

Las explicaciones de este hecho eran, sin embargo, contradictorias. Los campesinos no sabían bien sino que tenían que pagar cara el agua, muchas veces. Pero Juan no se contentó con esto. Quiso ver un mercado, y pidió á su tío que le procurase ocasión para ello.

■■■■■■■■■■

## XXIV

La ocasión llegó, dos días después, motivada por un viaje de don Vicente á Levantina. Se convino en que le acompañaría Juan y que á la vuelta harían alto en Samanet, pueblecito donde era costumbre celebrar el mercado de agua. De Villamar salieron algo tarde, entretenido don Vicente por una consulta de varios labradores y la visita de un enfermo; y el caballejo de la tartana tuvo que apretar el paso para que no les cogiese la fuerza del sol en el camino. La mañana era despejada excepto por el lado del mar, en que una larga cadena de cúmulos pequeños se movía lentamente, empujada por una brisa ligera.

Cerca ya de la ciudad, encontraron á Gamba con una de sus hijas. Marchaban á pie, entre el polvo de la carretera: él, sin más defensa contra el sol que la boina, ella arrebuja la cabeza con el mantón negro, cuya sola vista hacía sudar. Don Vicente les mandó subir. Era su costumbre,

siempre que hallaba en el camino á gentes de Villamar, y lo mismo hacía con las cigarreras que todas las mañanas acudían á la Fábrica de Tabacos desde los pueblecillos de la llanura, distantes, algunos, más de una legua. Las pobres mujeres conocían ya desde lejos la tartana de don Vicente y daban un suspiro de satisfacción al verla, doliéndose de que esto no ocurriese á menudo, pues el dueño escaseaba todo lo posible, en su odio á las ciudades, las visitas á la capital.

— ¿A qué vas á Levantina? — preguntó don Vicente.

— Vamos á ver si pagan la lactancia de ésta — contestó Gamba.

— Trabajo os mando. ¡La Diputación está siempre tan mal de dinero!... Y de lo último que se acuerda es de las nodrizas de los hospicianos.

La última parte del camino se hizo muy fatigosa. La carretera descendía por una cuesta larguísima y en curva, encerrada entre el promontorio del Castillo y sus estribaciones. Juan recordaba bien el calor que habían sufrido al pasar aquel trozo, el día de su llegada. También ahora picaba el sol, y el polvo formaba nubes asfixiantes al paso de las diligencias, repletas de gente, y de la carretera pesada, con sus interminables tiros de mulas de andar calmoso, que los conductores dejaban marchar libremente, mientras ellos dormían tendidos sobre la carga de cajones y sacos.

De pronto, al volver un recodo, apareció el mar de un azul intenso, moteado de blanco por la

espuma que el oleaje levantaba; y la brisa, cada vez más fresca, azotó el rostro de los viajeros y ensanchó sus pulmones. A medida que avanzaban, el trozo de mar iba ensanchándose, alargando la línea de su horizonte luminoso, en que aun vagaban los cúmulos de blancura deslumbradora; y, á poco, aparecieron los balnearios, detrás de cuyos techos de madera, engalanados por gallardetes, se perfilaba la muralla del puerto, coronada por los palos y jarcias de los buques anclados.

La tartana paró á la puerta del Hotel Miramar, donde don Vicente se alojaba siempre que iba á Levantina.

— Tengo mucho que hacer y no puedo detenerme — dijo el anciano á su sobrino. — A la una vendré á almorzar. Supongo que preferirás quedarte solo á venir conmigo de oficina en oficina ó de casa en casa...

— Por supuesto — afirmó Juan.

— Mira á ver si nos dan una habitación que tenga vistas al puerto. Te distraerá mucho ver desde allí el movimiento de embarque y desembarque. Y si no, ahí enfrente tienes el paseo de palmeras.

Juan se sonrió. Chocábase aquel modo que don Vicente tenía de tratar á todo el mundo, como si fueran niños, y veía en él una manifestación más del natural cariñoso, lleno de candor, que caracterizaba al anciano.

— Bueno, bueno. Vaya usted tranquilo. Ya trataré yo de no aburrirme.

Pero don Vicente, no obstante su prisa, vacilaba. Concluyó por entrar en la fonda y hacer al dueño, antiguo amigo suyo, todo género de recomendaciones; resultado de las cuales, un camarero guió á Juan hasta uno de los cuartos del piso segundo, que reunía las condiciones deseadas. Sólo entonces se decidió á marchar don Vicente.

A la puerta del hotel esperaban, como dos doctrinos, Gamba y su hija.

— ¿Todavía estáis ahí? — dijo el anciano al verlos. — ¡Pero hombre, qué calma tienes! Anda á lo tuyo y déjame á mí... No, no me haces falta... Si encuentras dificultades, ven á buscarme. Abur.

Juan se había asomado al balcón. La persiana verde, echada por fuera de los hierros, permitía contemplar desde la sombra el panorama admirable de la dársena y la bahía... En primer término, la fila cuádruple de palmeras extendíase paralelamente á la línea de casas, como un inmenso toldo erizado, en cuyo color verde polvoriento reposaba la vista. Más allá, la vía férrea, llena de vagones, ocultaba en un gran trecho el camino por donde desfilaban al trote largo, sin cesar, los carros repletos de mercancías, ó vacíos, en busca de carga. Luego venían los barcos veleros de cabotaje: en primera fila, con la popa casi tocando á tierra, los laúdes y faluchos carboneros de las Baleares, los andaluces y valencianos porteadores de frutas y hortalizas, y los pesqueros; detrás, los bergantines y brik-barcas panzudos, uno de los cuales, pintado de blanco, daba al aire todas las

banderas y gallardetes, en son de fiesta. Más lejos, pero á un lado, siguiendo la curva del muelle de Levante, los vapores mostraban la sucesión de sus chimeneas, pintadas, por lo general, de negro, con listas blancas ó rojas. El más próximo, inglés á juzgar por la bandera, ocultaba, con su casco enorme color de plomo, los cascos de los que le seguían, menos altos y largos; de modo tal, que sólo por las chimeneas podía contarse su número. Al otro lado, ya casi de frente al balcón, dos grandes veleros suecos elevaban al aire sus mástiles altísimos, cuyas jarcias formaban á manera de un encaje sutil é intrincado sobre el fondo azul luminoso del cielo. Más allá aún, extendíase la bahía inmensa, cuyos dos cabos de Levante y de Sudoeste tenían coloraciones amarillas y grises. Inundábala el sol, cabrilleando con chispas de oro sobre las aguas que la brisa alborotaba de vez en cuando, arrojándolas sobre la escollera, coronada de espuma. Y bajo aquella luz intensa, de una tonalidad rojiza brillante que obligaba á entornar los ojos, la legión de cargadores y marineros hormigueaba en el muelle, sobre el polvo calizo mezclado de carbón y de regueros de vino que dejaba escapar alguna pipa mal cerrada, ó sobre los carros y los vagones del ferrocarril, que parecían á punto de chocar á cada momento. Por las planchas que unían los vapores á tierra, subían y bajaban continuamente hombres cargados, que desaparecían bajo el toldo de los buques ó entre los montones de mercancías; y de las profundidades de

la cala veíanse subir enormes fardos, que se balanceaban un momento sobre el agua, suspendidos de las cadenas de los elevadores, para bajar enseguida á las barcazas que el remolcador llevaría lejos, poco después. Todo aquel mundo del trabajo movíase febrilmente, con prisa, avaro del tiempo, sin preocuparse por el sol, que caía á plomo. Las palpitaciones de su vida elevábanse al espacio en forma de chirridos de poleas, de silbatos de máquinas, de trepidar de vagones, de estruendo de cadenas, de voces y gritos; y el humo, ya blanco, ya negruzco que á intervalos lanzaban las chimeneas, parecía como el vaho condensado de cientos de cuerpos, que respiraban afanosos y regaban la tierra con gotas de sudor caliente.

A los pocos minutos de mirar, Juan sintió que se mareaba. Habíase acostumbrado de tal modo á los movimientos reposados de las labores campesinas, al silencio y placidez de los paisajes de Villamar, que aquella agitación incesante y ruidosa le aturdió. Recordó la impresión indefinible de mareo que le produjo, en su primer viaje á París, el río de gente y carruajes del bulevar, cuya masa se le venía encima, turbándole la visión y suscitándole un cansancio enorme, como si hubiera andado leguas y leguas. Relativamente á Villamar, el puerto de Levantina era como París, y Juan no supo ver la belleza de aquella manifestación grandiosa de cooperación y de orden, de fuerza y de actividad que producía, en poco tiempo, una suma enorme de trabajo útil, condición de

la riqueza de todo un pueblo. Para Juan, la impresión del ruido y del movimiento incesante excedía á toda otra, quitándole libertad para pensar, mejor dicho, forzándole á ver en todo aquello un alarde inútil, un afán sin razón, hijo de la codicia, en aras del cual sacrificaban los hombres lo más preciado de su vida: la sencillez, la modestia de las aspiraciones y el dulce reposo no turbado por ambiciones del egoísmo.

Se retiró del balcón, buscando en la sombra y soledad del cuarto un alivio para el aturdimiento que empezaba á oscurecerle la vista.

■■■■■■■■■■

## XXV

Cuando Juan contó á su tío las impresiones sentidas ante el espectáculo del puerto, don Vicente se echó á reír.

— ¡Bravo, bravo! Veo que eres todavía más enemigo que yo de la ciudad. Yo no llego á tanto. Todo eso es quizá indispensable para la vida y, por lo menos ahora, tal como está organizado el mundo, hace falta que se trabaje así... con tal de que luego se descanse racionalmente, en el campo. Yo prefiero otra vida, la mía, por supuesto. Por lo que á ti toca, creí que tendrías más firme la cabeza. Habrá que curar eso. Si el campo, además de reposo, no te da energías para resistir el choque del barullo ciudadano, aunque no participes de él, ¿qué va á ser de ti cuando vuelvas á la Corte?

— Ahí está mi problema, tío — dijo Juan. — ¿Y si no vuelvo?

— ¡Ah! eso es otra cosa.